

Desde esta mirada, donde Nadie se manifestaría como esencia cuántica, es en el poema *Naturaleza muerta*: "me pregunto qué trozo soy del paisaje" (pág. 262).

La poesía de Juan Manuel Roca, una de las más definidas y conocidas de los últimos decenios, se caracteriza, así mismo, por buscar resueltamente la alquimia verbal, por retomar el lenguaje popular y convertirlo en lenguaje poético, razón interna para que haya adquirido una popularidad única y sea gustada por toda clase de lectores, amén del hecho de que dentro de la temática universal que encierra su producción esté incluida una visión contemporánea de nuestro país, de su problemática y de todo lo que atañe al hombre común, no intelectual, el que sufre y se agita en el sangriento hervor de nuestra violenta época. Sin embargo, podríamos afirmar que tal característica se puede considerar una fuerza débil, pues siendo testimonial se constituye igualmente en un factor temporal cuya vigencia está por verse en el contexto de un largo plazo. El gusto por disecar la palabra es una veta que provee al poeta de la posibilidad de derivar de un término todo un contexto, nuevas imágenes (insospéctadas), nuevos significados, incluso metáforas. Todo ello hace del poeta un artífice singular, recursivo hasta límites donde se desdibuja para penetrar en otros territorios y convertir signos y voces ajenas en materia de su propia y singular poética.

RAFAEL PATIÑO GÓEZ

La felicidad de la poesía

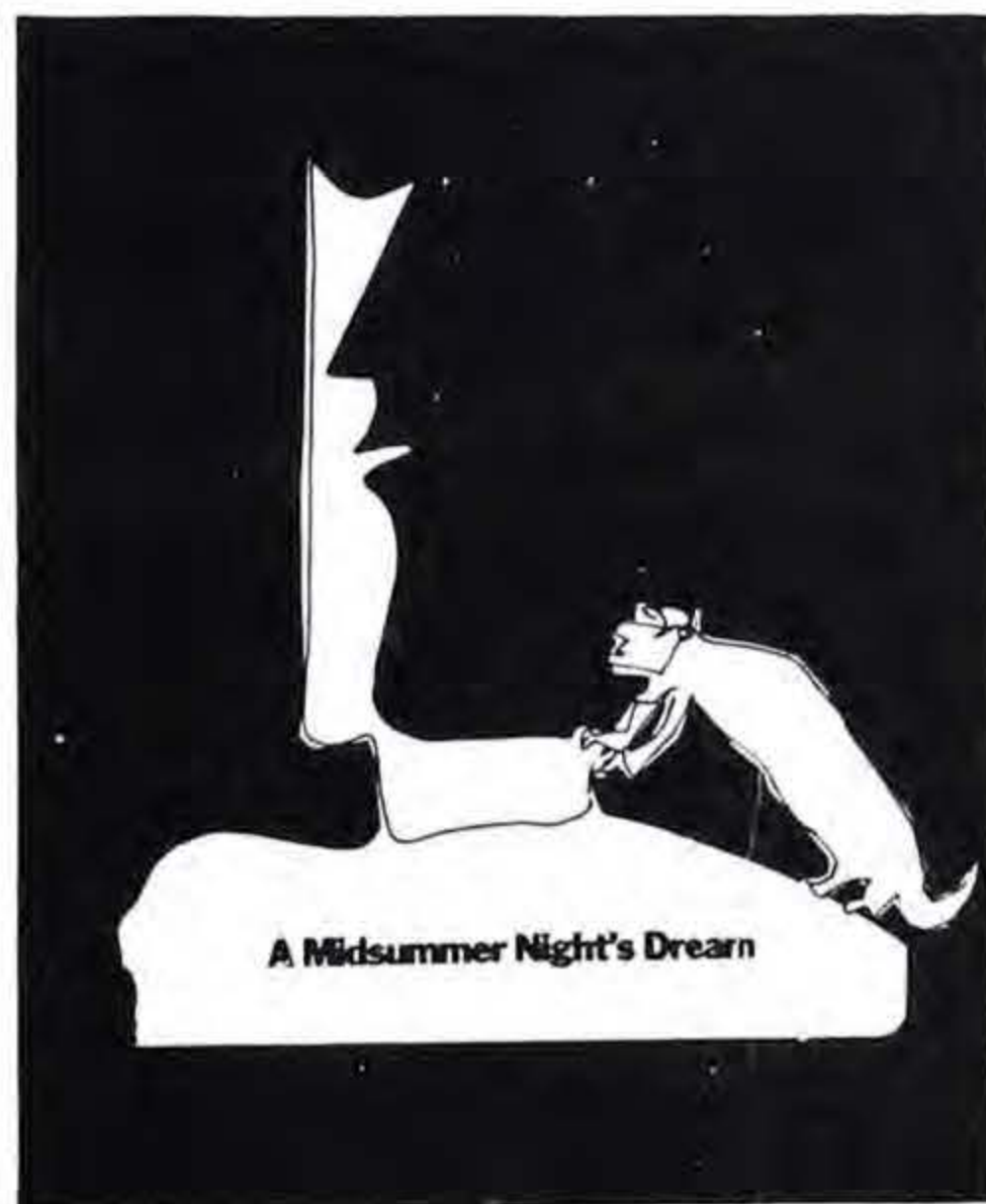
El confuso trazado de las fundaciones
Ramón Cote Baraibar
El Ancora Editores, Bogotá, 1991.

*Traigo del mundo su furor
contagioso,
su lección inacabable.
Pero, ¿qué podemos ser
si todo lo que vemos
nos tapa los ojos?* [pág. 69]

Con este poema termina *El confuso trazado de las fundaciones*. Y esa pregunta, quizá terrible, ha sido respondida ya en el mismo libro. Lo que podemos ser nos lo otorga sólo la poesía, única prueba —como se ha dicho— de la existencia del hombre sobre la tierra. Un ser iluminado por la poesía es dueño de su interior y, allí, del verdadero sentido del mundo. No importa su suerte final.

Este libro de poemas de Ramón Cote Baraibar nos ha conducido por caminos de imaginación y belleza, a través de la palabra: santo y seña del cual el poema no puede prescindir. El combate palabra-poesía está justificado porque al final debe aparecer un silencio iluminado que habla del mundo con un lenguaje propio. Y este libro lo ha logrado. La poesía triunfó sobre el precario espacio del poema. Un pulso firme lo condujo y fue conformando el entramado de la infancia, el colegio, los juegos, la ciudad, el amor. Lenguaje secreto que no cede a las definiciones, ni a los excesos, ni a las gratuitas alegrías. Poemas que trascienden el común acontecer de la realidad, pero no lo hacen para disfrazarla, sino para ver, a través de una mirada interior, la belleza de lo simple, alma de la poesía:

*A medianoche
una luz encendida en lo alto
de un edificio
es un imperio.
La orfandad de ese involuntario
faro
es una solitaria prueba de la vida.*
[pág. 46]



El pulso firme no los despoja de la emoción que aparece, sin embargo, contenida por un silencio que reflexiona y deja puertas abiertas al aislamiento y la quietud. Esa emoción es lo que acerca su lectura a la experiencia personal y lo que hace del libro algo vivo que palpita quedamente entre las manos. El vasto aliento que se percibe aquí no está signado por la extensión sino por la precisión, por la alegría que se adivina en el poeta cuando logra decir lo que quiere y lo hace con los argumentos de la poesía: el verbo y el cielo.

En el prólogo a su *Muerte sin fin*, José Gorostiza llama la atención sobre algo esencial: cada vez nos acostumbramos más a tener con nosotros libros de versos, pero poca poesía. Anécdotas personales que conforman a veces pequeños cuadros descriptivos por donde aparece intermitentemente la cabeza del autor, pero en contadas ocasiones ese libro obedece a los frutos de la poesía, a los momentos sagrados y únicos de una existencia que conciten el milagro del mundo. Demasiado pedir, quizá, como anota el mismo poeta mexicano. Como sea, he recordado esas ideas volviendo a *El confuso trazado de las fundaciones*, porque en este libro el discurrir de la vida común y corriente se erige justamente por encima de lo meramente circunstancial. Aparece, sí, el lenguaje de la poesía para mostrarnos que la belleza (pretexto infinito del arte) se encuentra en lo subyacente de la realidad. Intima raíz de toda naturaleza.

El poema de la infancia es la mano tendida a un hermosísimo sentimiento que me toca en el sueño, intangible felicidad:

*Ya no se escucha por las noches
deliberar
al tribunal de los altos eucaliptos.
Ha desaparecido
la paciencia del sauce.
Entonces, por las mañanas,
la casa encerada fluía con el viento.
Mi infancia
es un picaflor que golpea
los grandes ventanales.* [pág. 20]

Son los resultados de la palabra poética que no obedece al fácil camino del edulcoramiento, sino a la imagen

precisa que queda suspendida en el aire, ávida de un corazón, no de tinta.

Lo mismo hay que decir de *Primeros poemas a un colegio* (pág. 14). Cinco movimientos de un bello poema que nos lleva, mediante un alto vuelo, a la instancia irrepetible del lugar donde nuestros mejores y peores días cumplieron ya una de sus citas y aventaron a la calle hombres con la frustración marcada en sus rostros, pero también allí una gratitud para siempre recordada. "A esa lívida capa de niebla/ le debemos algunos una parte de la vida/", comienza diciendo el poema para instalarnos ya en la evocación de aquel colegio que todos llevamos adentro, y termina en que "Es extraño que la acacia del patio muera/ y que la buganvilia en flor la esté velando/". Metáfora que también la realidad le tiende a la imaginación. Toda la aventura del colegio queda enarbolada en la transparente imagen de la niebla (memoria que para siempre se resiste) que discurre lentamente por los espacios habitados en comunión con los amigos, los inefables profesores, la inauguración de cada juego, el irresistible sabor de la derrota.

Como he dicho, es la imagen precisa y la certeza del lenguaje que apunta al centro de la poesía, lo que confirma la madurez de este libro que, sin afanes ni ripios, deja escuchar una voz en propiedad.

Las tres partes en que se divide el libro (Las enormes adormideras, Amenaza del paraíso y Presencia secreta) son la infancia, el amor, la ciudad. No son en realidad divisiones, sino temas que se fundan en el ser interior, en la detenida observación, como si se tratara de un viaje, de los detalles a la vez pasajeros y trascendentes que la vida nos depara. Allí está el trazo mágico de la bola de béisbol, la amenaza de paraíso de una mujer y una ciudad que nos signa para siempre. Cote no generaliza. Tampoco hace un anecdótico. Habla de sus experiencias, pero con un lenguaje que transmuta. Lenguaje solidario porque hace mío su universo. Poesía amorosa, agradecida con el mundo porque le rinde el homenaje del respeto, del esmero, de la escritura cuidada y al tiempo desnuda y transparente. En dos puntadas deja en los

ojos del lector un trazo imborrable, como en *Amanecer*:

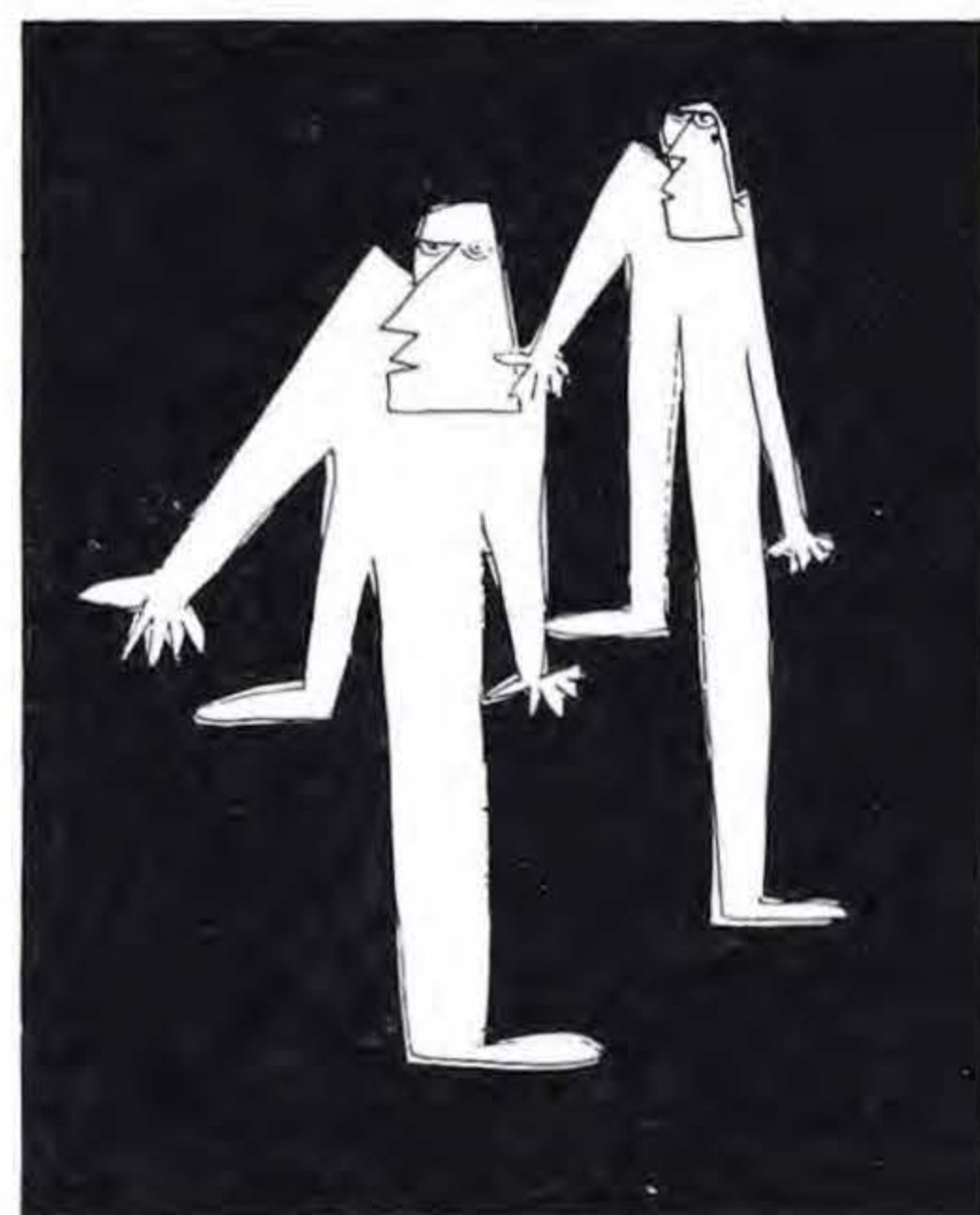
*El radio de acción
de la escoba
intenta en vano alejar
de las plazas sucesivas
este cerco de blancura
irremediable.*
[pág. 47]

La imaginación no es la proliferación caótica de imágenes y metáforas. Se atiene a la realidad para soñarla. Desecha lo inútil y se apega a lo que le interesa: *El confuso trazado de las fundaciones*.

Aunque podría citar muchos de sus poemas como comprobación de su innegable plenitud, mejor será anhelar que este comentario anime a otros lectores, porque libros como éste bien los merecen. Me abstuve de introducir aquí, en lo que podría ser un cotejo o una prolongación de su lectura, los libros anteriores de Cote Baraibar, *Poemas para una fosa común* (1985) y *Los fuegos olvidados* (1986), porque creo, también, que deben ser los lectores (su curiosidad) los que emprendan esas relaciones. En mi caso, no quiero aparecer exhaustivo. Prefiero quedarme en el actual con la idea de su importancia en nuestra, a veces, lamentable tradición poética. Un libro más extenso que sus 69 páginas. Que rompe la gratuidad de lo fácil y deja en el lector la gustosa dificultad que provocará, seguramente, nuevas lecturas. Debemos alejarnos de la a menudo falsa ilusión de que hemos disfrutado un libro porque su primera lectura fue voraz y encantadora. En ocasiones, será un libro malo del cual hemos lamido el azúcar de que está hecho. En otras, y tratándose de un excelente libro, deberíamos quedar realmente enamorados de él, y, como a una mujer con la cual hacemos el amor por primera vez y ya la amamos, tendríamos que anhelar volver a sus imperios y recorrer ese paraíso hasta entablar una relación en verdad profunda. Repetir, al libro y la mujer, como en la página treinta y ocho de este libro:

*NO TE ABANDONARE
A LA PALABRA
Tendrás la movilidad
de la tierra. Si ahora te nombro
no es por cautiverio, si ahora
esta caligrafía del distante
te origina,
siempre será para
soltarte.*

LUIS GERMÁN SIERRA J.



El difuso curso de la poesía

El confuso trazado de las fundaciones
Ramón Cote Baraibar
El Ancora Editores, Bogotá, 1991.

El confuso trazado de las fundaciones es el tercer libro de Ramón Cote B. El primero, *Poemas para una fosa común*, apareció originalmente en Barcelona en 1984, y en segunda edición en el número 9 de la colección literaria Guberek (Bogotá, 1985). El libro, por qué no recordarlo, fue recibido jubilosamente por Darío Jaramillo Agudelo ("¡Aleluya, en Cúcuta ha nacido un poeta!", Boletín Cultural y Bibliográfico, núm. 2, 1984).

De este primer trabajo extraña en principio el título sepulcral que equívocamente pareciera invocar una estética que llevaron al extremo versificadores decimonónicos como Julio Flórez. Pero no hay tal: el lector encuentra, contenida en un proceso de elaboración, una investigación sobre el lenguaje y sobre el tiempo poético.